EL BRAMANTE

## EL BRAMANTE

A Harry Alis.

Por todos los caminos que conducen á Goderville los aldeanos y sus mujeres acudían al pueblo
por ser día de mercado. Los hombres andaban á
paso largo avanzando todo el cuerpo á cada movimiento de sus piernas deformadas por las rudas labores, por el esfuerzo que se hace al pesar sobre la
esteva, que hace subir el hombro derecho y desviar
la columna vertebral, por la siega, que hace separar las rodillas para tener buen aplomo, por todas
las faenas lentas y penosas del campo. Su blusa
azul, almidonada, brillante, como barnizada, adornada en el cuello y puños con un dibujo de hilo
blanco, hinchada alrededor de su torso huesudo,

parecía un globo presto á volar, del cual salieran una cabeza, dos brazos y dos piernas.

Unos tiraban de una vaca ó de un novillo. Sus esposas, detrás de la res la azotaban con una rama que aun tenía hojas, para hacerla andar más aprisa. Llevaban al brazo grandes cestas de las que salían cabezas de pollo ó de pato. Andaban con paso más corto y vivo que el de sus maridos, con el talle seco, derecho, envuelto en un pañuelo deslucido apuntado sobre el pecho plano y la cabeza adornada por un trapo blanco pegado al pelo y coronado por una coña.

A veces pasaba un charabán al trote duro de una jaca, zarandeando de un modo raro á dos hombres que iban dentro y á una mujer que estaba en el otro extremo y se agarraba con fuerza á la barandilla para soportar mejor las sacudidas.

En la plaza de Goderville había una gran muchedumbre de hombres y animales mezclados. Los cuernos de los bueyes, los sombreros altos de los aldeanos ricos y las cofias de las campesinas emergían de la asamblea. Las voces agudas, chillonas ó estentóreas formaban un clamor continuo y salvaje que dominaba de cuando en cuando una carcajada sonora salida del robusto pecho de un labriego alegre, ó el mugido de una vaca atada á una argolla. Se olía á establo, á estiércol, á leche, á heno, á sudor y formaba aquel tufo agrio horroroso, humano y bestial particular á las gentes del campo.

Maese Hauchecorne, de Breauté, acababa de llegar á Goderville y se dirigía á la plaza cuando vió en el suelo un bramante. Maese Hauchecorne, aherrador á fuer de normando de vieja cepa, pensó que hay que recogerlo todo, y se inclinó penosamente, pues padecía de reumatismos. Cogió del suelo el trozo de bramante é iba á guardarlo cuidadosamente cuando acertó á ver en el umbral de su puerta á maese Melandrín, el talabartero, que le miraba. Una yez se pelearon por un ronzal y no se habían vuelto á hablar, porque ambos eran rencorosos. Maese Hauchecorne experimentó cierta vergüenza de que su enemigo le hubiera visto recoger un bramante de entre la basura. Ocultó bruscamente su hallazgo bajo la blusa y en el bolsillo del pantalón después, fingió buscar nuevamente algo en el suelo y se alejó hacia el mercado, con el espinazo doblado á causa de sus dolores.

Pronto se perdió entre la multitud bulliciosa, agitada por inacabables regateos. Los aldeanos tocaban las vacas, se alejaban, volvían, perplejos y desconfiados, temiendo un engaño, no decidiéndose jamás, espiando las miradas del vendedor, tratando de descubrir la astucia del hombre y el defecto de a res.

Las mujeres habían dejado sus grandes cestas en el suelo y sacaron de ellas los volátiles que yacían en tierra, atados por las patas, inquietos los ojos, encarnadas las crestas.

Escuchaban las ofertas, no rebajaban un céntimo del precio pedido, con rostro impasible y expresión seca, ó de pronto accedían á la rebaja propuesta y gritaban al comprador que se alejaba lentamente:

-Bueno, quédeselos, tío Antemio.

Luego, poco á poco, la plaza se despobló. Sonó el Angelus y los que vivían demasiado lejos se esparcieron por las hosterías.

En casa Jourdain la gran sala estaba llena de gente y el amplio patio de caballerías y carruajes de toda especie: carretas, cabriolés, charabanes, tilburis, carricoches estrafalarios, embarrados, deformes, remendados, levantando al cielo sus brazos ó bien con éstos en el suelo y la trasera al aire.

La inmensa chimenea llena de llamas lanzaba vivo calor à la sala. Tres asadores cargados de pollos, pichones y piernas de carnero daban vueltas y un olor deleitoso de carne asada, de manteca hirviente que se escurría por la piel dorada de las aves, excitaba el apetito y la charla.

Toda la aristocracia del arado comía allí, en casa maese Jourdain, posadero y chalán, un compadre socarrón que tenía mucho dinero.

Pasaban las fuentes y se vaciaban con igual premura que los jarros de sidra amarilla. Cada cual contaba sus negocios, sus compras y sus ventas. Se preguntaban mutuamente por el estado de las cosechas. Hacía buen tiempo para los prados; no tanto para los trigos.

De pronto se oyó un redoble de tambor en el patio, delante de la casa. Todos se pusieron en pie en un santiamen, menos algunos indiferentes, y corrieron á la puerta, á las ventanas, con la boca llena y la servilleta en la mano.

Después del redoble, el pregonero gritó marcando mal las frases:

«—Se hace saber á los habitantes de Goderville y en general á todas las personas que han asistido al mercado, que esta mañana, entre nueve y diez, se ha perdido, en el camino de Benzeville, una cartera de cuero negro conteniendo quinientos francos y varios documentos. Se ruega que se devuelva en seguida á la alcaldía ó á maese Fortunato Houlbre-

UNIVERSIDAD DE ROSVE LEDA BIBLIOTE CA DIVERSIDADA "VALFORROD ACYES" LIPO PO25 MONTERREY, MEXICO que, de Manneville. Se darán veinte francos de recompensa».

Se marchó el pregonero y resonaron más lejos los redobles del tambor y sus gritos.

Entonces hablaron todos de tal acontecimiento, enumerando las probabilidades en pro y en contra que de hallar la cartera tenía maese Houlbreque.

Terminó la comida.

Al acabar el café apareció en la puerta de la sala el cabo de gendarmes.

Preguntó:

—¿Está aquí maese Hauchecorne, de Breauté?

Maese Hauchecorne, sentado en el extremo opuesto de la sala, exclamó:

-Aquí estoy.

El cabo añadió:

—¿Quiere usted tener la bondad de acompañarme á la alcaldía? El señor alcalde desea hablarle.

El aldeano, sorprendido é inquieto, se tragó de un sorbo la copita de cognac, se levantó, y más encorvado todavía que por la mañana, pues los primeros pasos que daba después de descansar un rato eran muy dolorosos, echó á andar diciendo:

-Allá voy, allá voy.

Y siguió al cabo.

El alcalde le esperaba sentado en una poltrona. Era el notario del pueblo, hombre rechoncho, grave, de hablar campanudo.

—Maese Hauchecorne—dijo—le han visto à usted recoger la cartera que ha perdido maese Houlbreque de Manneville.

El aldeano, asombrado, miraba al alcalde, asustado de aquella sospecha que pesaba sobre él, sin saber por qué.

- -¿Yo, yo he recegido la cartera?
- -Sí, usted mismo.
- -Palabra de honor que no sé nada de ello.
- -Le han visto.
- -¿Quién me ha visto? ¿Quién?
- -El señor Malandain, él.

Entonces el viejo recordó, comprendió y encoletizándose, gritó:

-¡Ah! ¿Ese perdido me ha visto? Lo que me ha visto recoger era este bramante, señor alcalde.

Y rebuscando en el fondo del bolsillo sacó la cuerdecilla.

Pero el alcalde, incrédulo, movia la cabeza.

—No me hará usted creer que el señor Malandain, que es persona digna de crédito, haya tomado un bramante por una cartera. El campesino, furioso, levantó la mano y escupió por el colmillo, para vindicar su honor, y repitió:

—Sin embargo, es la verdad, la pura verdad, senor alcalde. Por mi alma y mi salvación lo juro.

El alcalde añadió:

—Después de recoger el objeto ha buscado usted aun más entre el barro quizá para ver si había alguna moneda.

El buen hombre estaba indignado y sentía á un tiempo vergüenza y miedo.

-Decir esto... Atreverse à mentir así... para molestar à un hombre honrado... ¡Decir esto!...

Por más que protestó no fué creido.

Fué confrontado con el señor Malandain, que sostuvo su afirmación. Se injuriaron durante una hora. Registraron, á petición suya, á maese Hauchecorne y nada se le encontró.

Por fin el alcalde, muy perplejo, le despidió diciendo que avisaría al juzgado y pediría órdenes.

La noticia había circulado. Al salir de la alcaldía el viejo fué rodeado é interrogado con curiosidad burlona ó seria pero sin chispa de indignación. El contó la historia del bramante. No le creyeron y se reían.

-¡Anda, pillastrón!-le decían.

Todos le detenían, acudían sus conocidos, volvía á su relato y á sus protestas y volvía del revés sus bolsillos para probar que nada tenía.

Se enfadaba, se exasperaba, se agitaba febrilmente, desconsolado al ver que no le creían; no sabía qué hacer y volvía á lo del bramante.

Llegó la noche. Fué preciso marchar. Se puso en camino con tres vecinos suyos, á quienes enseñó el punto preciso en que recogiera el bramante.

Por la noche dió una vuelta por su aldea, á fin de contar el caso. Sólo encontró incrédulos.

Estuvo malo toda la noche.

Al día siguiente, á la una de la tarde, Mario Paumelle, mozo de labranza de maese Bretón, propietario de Imauville, devolvía la cartera y su contenido á maese Houlbreque de Manneville.

Dijo el labriego que había encontrado la cartera en el camino; pero que como no sabía leer la llevó á casa de su amo.

La noticia se supo pronto. Maese Hauchecorne tuvo conocimiento de ella. En seguida anduvo de puerta en puerta, y empezó á narrar su aventura, acompañada del epilogo. Triunfaba.

-Lo que me dolía-afirmaba-no era lo de la car-El abandonado-6 tera, sino el que se pudiera creer que mentia. No hay cosa peor que pasar por embustero.

Todo el santo día hablaba de lo mismo; contaba su caso hasta á los forasteros, á los que bebían en la taberna á la salida de misa. Sentíase tranquilo, y, sin embargo, algo indefinible le molestaba. Parecían dudar y sonreir al escucharle. No parecían convencidos. Parecíale que murmuraban á espaldas suyas.

El martes de la semana siguiente fué á Goderville sólo para contar lo ocurrido.

Malandain, que estaba de pie en la puerta de su tienda, se echó á reir al verle pasar. ¿Por qué?

Detuvo á un colono de Criquetot, que no le dejó acabar, y dándole un golpecito en la barriga exclamó: «¡Anda, bromista!» Y le volvió la espalda.

Maese Hauchecorne quedó asombrado y más y más inquieto. ¿Por qué le llamaban «bromista?»

Cuando estuvo sentado á la mesa de la posada de Jourdain, volvió á explicar el caso.

Un chalán de Montivilliers, gritó:

-¡Anda, viejo mío, ya sé lo que significa tu bramante!

Hauchecorne balbuceó:

-Puesto que han encontrado la cartera...

El otro replicó:

-Ya sé, ya sé; uno encuentra y otro lo devuelve... ¡Y en paz!

El aldeano quedó sofocado. Al fin comprendía. Le acusaban de haber hecho devolver la cartera por un compadre, por un cómplice.

Quiso protestar. Todos rieron.

No pudo acabar la comida y se alejó entre la general chacota.

Volvió á su casa, avergonzado é indignado, colérico, tanto más aterrado de lo que le ocurría cuanto que se sentía muy capaz, á fuer de normando neto, de ejecutar la broma que se le atribuía, bien gratuitamente por cierto. Como sabían lo socarrón que era no creerían en su inocencia. Y se sintió herido en el corazón por la injusticia de la sospecha.

Entonces empezó á contar su aventura, alargando cada día su relato, añadiendo nuevas razones, protestas más enérgicas, juramentos más solemnes, que preparaba en silencio, pues sólo pensaba en el caso del bramante. Cuanto más se esforzaban en explicar el caso, menos le creían.

-Razones de trapalón-decían cuando no podía oirles.

Lo comprendía, criaba mala sangre, se cansaba en vano.

Enflaquecía á ojos vistas.

Los bromistas le hacían contar «el bramante» para divertirse, como se hace contar sus batallas al soldado que ha estado en campaña. Su inteligencia decrecía.

A fines de diciembre guardó cama.

Murió á primeros de enero y en el delirio de la agonía afirmaba su inocencia diciendo:

—Un bramante... un trocito de bramante, señor alcalde.

¡CAMARERO, UN BOCK!...